

## La Frivolidad es del Sistema

# Sucesión en Tiempos Decadentes

POR LORENZO MEYER

**N**ADIE niega la existencia de la crisis económica: gobernantes y gobernados, propios y extraños. El fenómeno es de tal magnitud, y se registra en tantos indicadores cuantitativos, que es imposible no aceptarla como un hecho objetivo. Las diferencias de opinión se dan sólo en torno a la profundidad y duración del fenómeno, y a la mejor forma de superarlo.

Cuando pasamos del análisis del sistema económico al político, la unanimidad en cuanto a la aceptación de la existencia de una crisis política —en parte origen y en parte consecuencia de la económica— desaparece. Para algunos no hay ninguna duda de que México vive hoy una crisis en su estructura de poder, tan o más profunda que en la económica. Para otros, en cambio, no hay tal crisis sino meramente una coyuntura difícil, pero que está a punto de ser superada. Los primeros son los críticos del sistema, los segundos sus defensores.

★

**L**A falta de acuerdo sobre lo que realmente sucede en México en lo político se debe, en parte, a que en este campo no hay los indicadores tan precisos que existen en economía. Carecemos de los equivalentes políticos del Producto Interno Bruto, del índice de inflación, de la balanza de pagos, etcétera. Los que sostienen que no hay crisis en la esfera política —que son los que básicamente desean mantener las cosas como

están— apuntan con rapidez a la capacidad del sistema para controlar a la oposición, a lo limitado de las manifestaciones públicas de descontento que involucran a los sectores afectados por la pérdida del poder adquisitivo de los salarios; al gran control que el Presidente mantie-

ne sobre el proceso para designar a su sucesor; a la forma como el PRI sigue llenando estadios en apoyo a la política oficial, y otras cosas más por el estilo.

Quienes, en cambio, insistimos en señalar que en nuestro país se está produciendo un cambio profundo y quizá irreversible en la cultura política de los sectores dominados, y que es indispensable tomar en cuenta que el sistema de poder posrevolucionario ha entrado en una etapa de profundo desajuste, resultado de su decadencia, acudimos a otros indicadores, tales como la pérdida relativa de fuerza electoral del PRI; el surgimiento de una verdadera oposición partidista en ciertas regiones (y que no son exclusivamente las del norte); la falta de credibilidad interna e internacional de varios de los triunfos electorales recientes del partido dominante; el notable aumento de las movilizaciones de protesta de sectores populares en las zonas urbanas.

★

**A**DEMÁS, la existencia de un descontento abierto y bien articulado dentro del PRI frente a las formas tradicionales de selección de sus candidatos (la Corriente Democrática); la crítica sistemática al presidencialismo en los medios intelectuales; la distancia que ciertos representantes del sector empresarial han tomado respecto de sus antiguos aliados de la burguesía (o clase) política; la creciente dificultad de los sindicatos oficiales para apoyar la política económica oficial; la renuencia de la Iglesia a continuar jugando su papel de convidado de piedra

en el festín de la posrevolución, e incluso la crítica norteamericana a los procesos políticos, administrativos y judiciales de México (las audiencias del senador Helms, por ejemplo).

Por si no fueran suficientes los indicadores de decadencia política que se han mencionado, en la última semana de agosto se puso de manifiesto —una vez más— otro punto estructural débil del sistema: el proceso de selección de su líder máximo. Y no me refiero a las comparecencias de los seis "priistas

23-IX-87

distinguidos" que aspiran a suceder en el cargo a Miguel de la Madrid, me refiero a esa increíble reunión que tuvo lugar el 27 de agosto en la casa de José López Portillo para hacer la presentación de su "último libro".

De esa reunión se pueden hacer muchos comentarios. Sin embargo, hay un aspecto que me interesa resaltar sobre todos los demás, y que ya lo tocó la semana pasada en estas páginas don Vicente Fuentes Díaz: la asombrosa e inusitada declaración que hizo el ex Presidente y que recogió Nadia Piemonte (Unomásuno, 28 de agosto): "La vida para mí ha sido generosa. Me ha permitido continuar una vocación interrumpida por los años políticos".

A confesión de parte, relevo de prueba. De acuerdo a lo dicho esa tarde en La Colina, resulta que según el propio interesado, en 1975 "el sistema" (léase Echeverría-alta burocracia-sectores del PRI-gran empresa, et al) designó para su suprema dirección durante un sexenio —y para la del país en su conjunto— no a un verdadero político —pues la política no era su interés vital, su vocación—, sino... ¡a un escritor! y, desde luego, no al mejor posible.

★

**A** HORA nos podemos explicar mejor por qué sucedieron las cosas como sucedieron en ese desafortunado sexenio de 1976-1982. Un escritor —bueno, malo o regular— es, ante todo, un hombre de imaginación, en cuya visión del mundo la realidad se subordina a la fantasía. No hay duda que eso fue precisamente lo que le sucedió a López Portillo, pero la culpa fue menos de él y más de quienes lo pusieron a desempeñar un papel que ahora confiesa no era el suyo, no se adecuaba a su vocación principal y para el cual no estaba preparado.

Aquí y en cualquier otra parte, el Jefe de Estado

debe ser un verdadero político y nada más que un político. Es verdad que tal personaje puede (y debe) tener imaginación, pero ante todo debe ser de un realismo sin concesiones. Es igualmente cierto que el dirigente de los destinos nacionales puede ser un gran escritor (César, Churchill o De Gaulle son ejemplos de buena pluma), pero su tarea principal —dada la magnitud de su responsabilidad— y la que debe consumirlo, a la que debe estar entregado de cuerpo y alma, es la del ejercicio del poder de acuerdo a una visión trascendente. La vocación de un presidente en un sistema como el nuestro en el que, como pocos, el poder se concentra en sus manos, no debería ser otra que una vocación probada y profundamente política, es decir responsable. Nadie sin esta característica debió de haber llegado nunca a una presidencia, y menos a una como la mexicana.

Muchos han dicho —yo entre ellos— que el uso

del poder que hizo López Portillo tuvo resgos notables y constantes de frivolidad, y que la crisis económica y de legitimidad y eficacia política que hoy padecemos pudo haber sido menos severa de haber habido el hombre adecuado al mando de los destinos del país entre 1976 y 1982. Creo, sin embargo, que es necesario hacer una rectificación: el verdaderamente frívolo no sólo fue López Portillo, sino el sistema

que lo hizo Presidente.

El costo que nuestra estructura de poder, y el país en general, han tenido que pagar por la frivolidad del sistema —la irresponsabilidad— mostrada en varios de los procesos pos-revolucionarios de selección del Presidente, ha sido muy alto. Para evitar que el error se repita en lo futuro, hay que empezar por reconocer la falla estructural del sistema en este aspecto. Reconocerla

es el paso indispensable para dar forma a un mecanismo que favorezca el que sólo puedan llegar a los altos puestos de responsabilidad política quienes hayan probado debida, abiertamente y a satisfacción de la mayoría de los mexicanos, que poseen una verdadera vocación política, una pasión por usar el poder político, única y exclusivamente para los fines que son considerados legítimos, éticos. Mientras esto no ocurra —y esto no está ocurriendo en el proceso de selección presidencial que estamos viviendo ahora—, la decadencia del sistema continuará y se mantendrá abierta la terrible posibilidad de que vuelva a gobernarnos otra persona a la que la política "interrumpió" su verdadera vocación.